



LIBRETA DE APUNTES

Otoño

Por Sergio Guilisasti

■ Para este mágico poeta nuestro que habitó en la vecindad oceánica de Isla Negra y cuya imaginación desbordada y desbordante encendió multiplicadas lámparas de fantasía en todos los rincones del mundo, el otoño era la boina gris y el corazón en calma.

Así le cantaba a su amada cuando los árboles se desdaban de sus hojas, las cuales, en alas de un viento suave y ligero, lentamente caían sobre la tierra que comienza a encenderse de melancolías.

Una boina gris y el corazón quieto, peregrino, en calma. ¡No le parece ésta a usted una bella imagen del otoño, del otoño nórdico y de todos los otoños que han sido y advendrán? Solamente que, en algunos, su consistencia trágica penetra con mayor profundidad en el alma.

Atrás quedó el verano con ese sol deslumbrante que puso calor y color en nuestras pieles, con esos amores violentos y ávidos encandecidos por tantas pasiones, con sus sueños y quimeras, sus anhelos, sus albedos.

Ahora, una fina niebla se desmadeja en la playa solitaria, donde sólo persisten las delgadas huellas de las gaviotas que las olas se esmeran en borrar a cada instante. Al atardecer, ya no arde el crepúsculo en el lejano horizonte, y —tempranamente— la nu-

cho inicia su irresistible invasión de sombras densas, tímidos fríos y espléndidas soledades.

Desde el austro de nieve y hielo —allí donde la nieve avanza en el continente blanco— suben hacia el norte vendavales y lluvias, presagando su paso la cercanía lúgubre del invierno, mientras ya el campesino sureño mudó el arroyo de su chamanto por el poncho descolorido de gruesa lana abrigadora y los animales, entre agitados y ateridos, buscan naturales refugios para guarecerse.

Es el otoño que entra sin prisa por los caminos de Chile, en cuyas interminables alamedas suele colgar su desfilcada capa de neblina y nostalgia.

A lo lejos, bandadas de pájaros errantes, en extrañas formaciones, vuelan con celeridad hacia climas más tibios, más templados, más acogedores, semejan —cada tarde— pequeñas manchas vagabundas, perdidas, desoladas y desaladas.

Para mí —¡Dios mío!— el otoño es un tiempo taciturno, sombrío, triste, aunque yo casi siempre estoy triste. Ello, porque van des-



prendiéndose de nuestra alma —como hojas secas— las ilusiones y esperanzas que forjamos en los días luminosos del estío, en horas propicias a fantasías y ensueños.

No olvidemos que en la vida todo pasa, todo cambia, todo muere, incluso el dolor, la angustia, la incompreensión. Únicamente parece quedarse con nosotros —domiciliado con firmeza en el espíritu— el ideal que vamos construyendo, jornada tras jornada, con manos de alfarero, de artesano de nuestro personal e intransferible destino.

Ya ha llegado el otoño y luego regresará el crudo invierno. Sin embargo, más tarde nos reuniremos con la agridulzante fantasía de la primavera y otra vez reverdecerán esas ilusiones y esas esperanzas que en el otoño vivían como hojas marchitas, agostadas, muertas.

Sí, la boina gris y el corazón en sosiego: ése era el otoño del poeta.

Perp, ¿por qué habría de serlo —de tal laya— sólo para él? ¿Atrás usted y yo podemos quedar ausentes de este mundo de árboles deshojados, entristecidos, que es el otoño?

Otoño [artículo] Sergio Guilisasti.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guilisasti Tagle, Sergio, 1923-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Otoño [artículo] Sergio Guilisasti. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile